

Punto de vista

Hacen esta sección: LIBROS: Jorge Berlanga. RADIO: Rosa M.^a Olivares. RITMO Y MELODIA: Angel Casas. TEATRO: José Antonio Gabriel y Galán y Jaume Melendres.

Fotografías n.º 1629, 23-1-1980

TEATRO

Misa negra, camisa blanca y negra

Hay una redundante maldición que planea sobre los autores considerados «malditos». Y es que cuando llega el momento de que su voz —su vida— llegue al público, se les entrega a través de alambicados procedimientos que oscurecen todavía más sus temidas palabras

«Una temporada a l'infern», con casi todos los textos que Rimbaud compuso en 1873 bajo este mismo título (muy bien traducidos por Palau i Fabre), está interpretado por dos actores cuyos trabajos son tan opuestos entre sí como sus respectivos vestuarios. Blanco el uno, negro el otro. Se trata, probablemente, de una decisión consciente. Ocurre, sin embargo, que no se ve por ninguna parte qué interés pueda tener optar a la vez por lo bueno y por lo malo, dar a conocer textos de Rimbaud y darlos a desconocer.

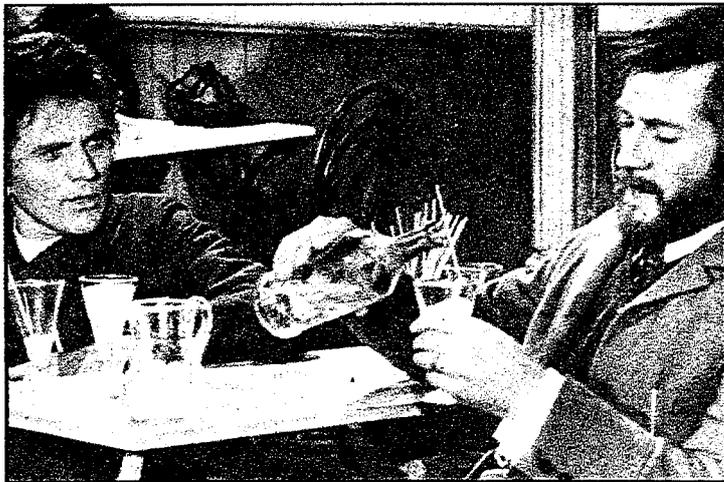
El fragmento inicial del espectáculo, con Daniel Esteban en primer plano, puede ser considerado como un mero trabajo de expresión corporal sobre un fondo verbal atribuible al poeta francés. Esteban nos ofrece movimientos de ballet, da vueltas sobre sí mismo con agilidad indiscutible y sin dejar de hablar, compone plásticas figuras y ensaya muecas de poeta maldito, de adolescente depravado, prematuramente endurecido. Rimbaud, así, se ve «recuperado». Pero no por la Administración Pública que financia la representación (en este caso el Ayun-

No sé si la culpa es de Daniel Esteban, o de su compañero Josep Costa, responsable de la dirección. En todo caso, cuando le llega el turno, Josep Costa se comporta de modo bien distinto. Es sobrio. Sabe aprovechar pequeños músculos del rostro, busca los registros gra-

fern». No sé por qué razones, siempre que se recurre a los malditos se hace un teatro ritualista y contorsionista, en el que el actor está condenado a sufrir mucho, a sufrir al modo de Grotowsky. Es una maldición que pesa hoy sobre los malditos.

Algo hay que decir, en fin, sobre el lugar donde se desarrollan los hechos. Es del todo loable el esfuerzo del Ayuntamiento por poner a disposición del arte escénico espacios de propiedad municipal. Pero la Capilla de la Santa Creu no es un lugar apto para el teatro. Los sonidos rebotan hasta el infinito, las imágenes —salvo en la primera fila— se mezclan con las cabezas de los espectadores más puntuales, y el frío se apodera del conjunto, porque resulta técnicamente imposible calentar más de mil quinientos metros cuadrados con ocho resistencias propias de un cuarto de baño. Habría que replantear esta política de aprovechamiento a ultranza.

Jaume Melendres



Rimbaud tampoco tuvo suerte en el cine (foto correspondiente a «Una temporada en el infierno», de Nelo Risi, que interpretaron Terrence Stamp como Rimbaud y Jean-Claude Brialy como Verlaine)

tamiento de Barcelona, como en Sitges fue el Ministerio de Cultura Central). Se ve recuperado por la estética dulzona, casi plastificada, de los tópicos teatrales, aunque sea de los nuevos tópicos. Los nuevos guiños. Rimbaud, bajo la expresión corporal y la solemnidad de unas capas más monacales que demoniacas, pierde toda su

agresividad. veces de la voz. Cuando dice el texto de «El esposo infernal», Rimbaud se asoma al escenario por primera vez. Reencarnado en Costa, Rimbaud sabe lo que dice.

Tiempo atrás, vi en el mismo lugar un espectáculo sobre textos de otro poeta maldito («Los cantos de Maldoror», de Lautréamont) que se parecía mucho a «Una temporada a l'in-

(1) Título: «Una temporada a l'infern». Autor: Arthur Rimbaud. Trad.: Josep Palau i Fabre. Intérpretes: Daniel Esteban y Josep Costa. Música: Juan Cebrián. Espacio: Taller K. Vestuario: Montserrat Fontova. Dramaturgia y dirección: Josep Costa. Presentado por el Grup Kaddish, de El Prat de Llobregat, en la Capella de la Santa Creu.